

El 'rompeolas' de Oion

Cero casos. Nuestra Señora de las Viñas es la única residencia foral de Álava que no ha sufrido ni un solo caso de Covid gracias a un estricto protocolo de desinfección y «una pizca de suerte», reconocen

ANDER
CARAZO



El mar queda a más de cien kilómetros de Oion, pero la puerta de su residencia para personas mayores se ha convertido en un muro infranqueable frente a cualquier ola. El Covid no ha conseguido colarse en su interior en ninguno de los tres rebotes, pese a que el municipio haya permanecido en 'alerta roja' durante medio mes. Los usuarios de sus treinta plazas han permanecido a salvo y son los únicos de un centro gestionado por la Diputación que no han recibido la ingrata visita del virus.

Los responsables de este oasis ante la pandemia afirman que «una pizca de suerte» les ha acompañado, pero las medidas de seguridad destacan desde el mismo momento en que se atraviesa su puerta de entrada. A la ya habitual toma de temperatura —que se recoge en un antiguo libro de contabilidad— y una exhaustiva limpieza de manos, se le suma el cambio de la mascarilla y la necesidad de cubrir la ropa que se trae de la calle. No sólo eso. El resto de material (bolsos, mochilas...) se rocía con una solución hidroalcohólica.

«Aquí hay mucha, mucha limpieza», reconoce Marisa Díez, vitoriana de la calle Domingo Beltrán que lleva diez de sus 89 años en este geriátrico de Rioja Alavesa, justo antes de que la directora del centro, Amaya López de Mendiguren, le solicite que se coloque bien el tapabocas. Algunos de sus internos parece que observan el coronavirus como algo lejano que tan sólo les obligó a permanecer en sus habitaciones durante la pasada primavera. Ni siquiera María Santos Ugarte, quien por precaución permaneció una semana aislada como consecuencia de unas décimas de fiebre. «Para mí no ha sido un mal año, peor fue el anterior porque me pasó algo de lo que ya no quiero acordarme», afirma con gesto contrito esta octogenaria original de Laguardia.

Esa añorada vieja normalidad también se detecta en la consulta de su médico, María Jose López de Murillas, donde son habi-



La médica María José López de Murilla sujeta la mano de Antonia Lobato en la consulta. IGOR MARTÍN

tuales las consultas por ardores, problemas con el sueño, dolor muscular y otro tipo de problemas sin relación aparente con el dichoso patógeno. «Aun así, aquí seguimos siendo muy estrictos», insiste tras atender a Antonia Barbero, que salió «hace la pila de años» de La Alpujarra (Granada) para recorrer media España antes de acabar en el cercano pueblo de Laserna. «Mi marido y yo trabajamos como perros hasta comprar nuestra propia casa», recuerda con lágrimas en los ojos.

Porque sus respectivas experiencias vitales les han servido para contar con un escudo que les hace inmunes frente a las tragedias modernas. Del cuello de Sonia Martínez cuelga una medalla con la foto de su difunto marido. «Cuando murió por un problema en los riñones, me pasé veinte días llorando y ya me quedé casi ciega», comenta esta riojana que suple sus problemas de visión con una memoria privilegiada que recuerda los pasos exactos que hay entre distintos rincones de las ins-

talaciones y se adelanta con sus respuestas al resto de sus compañeras en el taller de psicoestimulación, provocando algunos piques.

Pequeños encontronazos que en todo caso respetan las medidas de seguridad, ya que se ha dividido la residencia para crear grupos burbuja que sirvan para controlar un hipotético rebrote. Las actividades y servicios médicos han cambiado sus rutinas y se observan 'pedaños' en cada esquina para que los mayores aprovechen un momento de lec-

tura o mientras ven 'El Programa de Ana Rosa' para ejercitar las piernas en vez de esperar hasta que llegue el turno de acudir al área de fisioterapia.

Centro de día

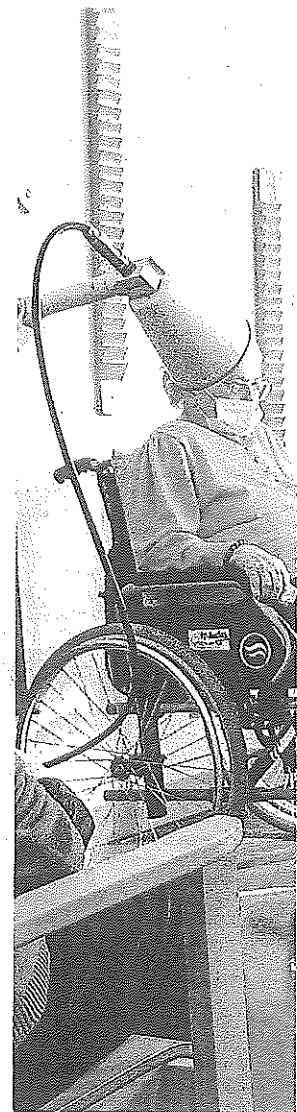
Precisamente, Lucila Ruiz camina agarrándose de las barras paralelas de este gimnasio. Ella y otras dos compañeras llegan cada mañana en un 'minibús' de la Diputación a la residencia desde sus respectivas casas y durante todo el día comparten espacio con los internos, por lo que se les ha vacunado al mismo tiempo. María Ángeles Lana vive a la vuelta de la esquina, literalmente, por lo que acude del brazo de su hija con unas gafas de sol Vogue. «Es una pena que no vinierais la semana pasada, qué bien lo pasamos, nos pusieron música de Los Panchos y no paramos de bailar», comenta sobre la fiesta de carnaval en que homenajearon al personal sociosanitario y sus impropios esfuerzos con dibujos y gorros con una cruz roja.

17 centros privados no han registrado casos de Covid por la pandemia

A la residencia de Oion hay que sumar 17 centros para personas mayores de titularidad privada que no han comunicado ningún positivo por Covid en el último año. Se trata de las residencias Agurain, Agure Zabal-

gana, las filiales del grupo Aia- ra en Vitoria y Okondo, Albertia Iradier, Arkaia, Betania Garden (en Gardélegui), Domusvi Gatzalde, El Jardín de Etxebarri- ibiña, Gaztelu, La Encina-Artzi- niaga, Lovi, Maskuribai de Amurrio, Perpetuo Socorro de Rivabellosa, Ribera Alta (Sopeña), la vivienda comunitaria Zi- rauntza de la calle Dato y Zu- bitxu en San Millán.

El caso oyonés destaca porque su titular es el Instituto de Bienestar Social de la Diputación (IFBS) y, por lo tanto, da cobijo a los mayores dependientes que muchas veces acuden a los hospitales, por lo que tienen mayores posibilidades de contagiarse. Además, las usuarias del centro de día se 'mezclan' con las internas. Un milagro forjado a base de protocolos de seguridad.





Lucila Ruiz camina por las barras paralelas bajo la atenta mirada de la fisioterapeuta Gema Lozano. I. MARTÍN



Marisa Díez cuida de las plantas en su habitación. I. M.



Taller de psicoestimulación para ejercitar la mente. I. M.

De una pared cercana a la cocina cuelgan fotografías de hace justo un año, cuando nadie temía al virus y los abrazos no daban escalofríos. En varias instantáneas aparece Marisa Ruiz, que ahora prefiere quedarse en la habitación con un libro electrónico y cuidando de sus plantas —eso sí— no duda en maquillarse y repeinarse. «Lo más impor-

tante en esta vida es saber conformarse», alecciona.

Desde su ventana se oye a los niños de la ikastola San Bizente. «Antes de la pandemia teníamos un programa contra el sedentarismo y algunos alumnos salían con los usuarios de la residencia a pasear por los parques del pueblo. Pero ahora no se puede», apunta la directora

Amaya López de Mendiguren, que si bien desea que la situación vuelva a la normalidad tiene claro que habrá que tener paciencia hasta que el riesgo de contagio sea mínimo. No hay que apresurarse.

Entre las 30 plazas de Nuestra Señora de las Viñas —como se conoce al centro— se mezclan grandes dependientes con otros que

aún pueden valerse. José Miguel Marín, por ejemplo, nació junto a la catedral Santa María de Victoria y hace tres años que hizo las maletas para entrar en esta residencia riojanoalavesa. Pese a ser invidente, con su bastón blanco se recorría el pueblo y ahora tiene que limitar esas caminatas a la zona del jardín. «Yo estoy contento. Los lunes tenemos música,

«Con décimas de fiebre antes venías a trabajar, ahora ni te lo planteas, apunta la plantilla

ca, los jueves nos comprueban la memoria y el viernes jugamos al bingo», destaca.

Si bien ninguno de los internos ha sufrido los efectos del coronavirus, algún miembro de la plantilla ha tenido que superar los efectos de la enfermedad. «Los usuarios no pueden salir, así que la única posibilidad de contagio es a través de las visitas o de nosotros, los trabajadores, así que debemos ser responsables y cuidarnos fuera para no meter el bicho. Antes podías tener unas décimas de fiebre y ni te planteabas quedarte en casa, ahora a nadie se le ocurre venir a la residencia», subraya Javier Salazar, el chef del centro de Olon. «Esto es un trabajo de equipo», remata la directora.